

**VOLTAIRE**

La ironía contra el fanatismo

ROBERTO R. ARAMAYO

Shackleton  
— b o o k s —

*A Javier Muguerza y Fernando Savater,  
por el compromiso intelectual de su disidencia.*

*Voltaire*

© Roberto R. Aramayo, 2015

© de esta edición actualizada, Roberto R. Aramayo, 2022

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton  
— b o o k s —

   @Shackletonbooks  
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación: Kira Riera

© Fotografías: Todas las imágenes son de dominio público, a excepción de Keystones/  
Getty Images (p. 11) y archivo del autor (p. 102).

ISBN 978-84-1361-163-1

DL B 9892-2022

Impreso por EGEDSA (España)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Los hombres solo delinquen cuando perturban a la sociedad; perturban a la sociedad tan pronto como caen en las garras del fanatismo; en consecuencia, si los hombres quieren merecer tolerancia, deben empezar por no ser fanáticos.

VOLTAIRE, *Tratado sobre la tolerancia*

Cuando observamos fenómenos como el recrudecimiento del fundamentalismo, los horrores del fanatismo religioso, el gravísimo peligro que el empecinamiento de la intolerancia política supone para todo el mundo, hemos de concluir sin duda que todavía podemos sacar provecho del ejemplo de lucidez, agudeza, honestidad intelectual y coraje de Voltaire.

A. J. AYER, *Voltaire*



## CONTENIDO

<b>Voltaire, o la invención del intelectual mediático</b>	9
<b>Itinerarios topobiográficos de un personaje literario</b>	17
Nacido en París, o en algún otro lugar...	17
Prisionero en La Bastilla	22
Peregrinación a Inglaterra	30
Obras de teatro sobre la antigua Roma que fueron aprovechadas por los revolucionarios franceses	31
La marquesa de Châtelet y el castillo de Cirey	33
Chambelán del rey Federico II de Prusia	39
En <i>Las Delicias</i> con su sobrina	41
El patriarca de Ferney	44
Los entierros de Voltaire	50
<b>Obras filosóficas</b>	57
Sus cuadernos de notas conocidos como <i>Cartas inglesas</i>	57
La Enciclopedia portátil del <i>Diccionario filosófico</i>	64
Historia para la ciudadanía en el <i>Ensayo sobre las costumbres</i>	80
<i>El filósofo ignorante</i> y su elogio del escepticismo	95
<b>Escritos de combate</b>	109
Los avatares de un «rey filósofo» a propósito del <i>Antimaquiavelo</i>	109
La réplica de Rousseau al <i>Poema sobre el desastre de Lisboa</i>	119
¡Vaya con el mejor de los mundos posibles! <i>Cándido, o del optimismo</i>	129
Un emblema contra la intolerancia: <i>El Tratado sobre la tolerancia</i>	140
El pragmatismo a ultranza de un activista apolítico	161
<b>Apéndices</b>	167



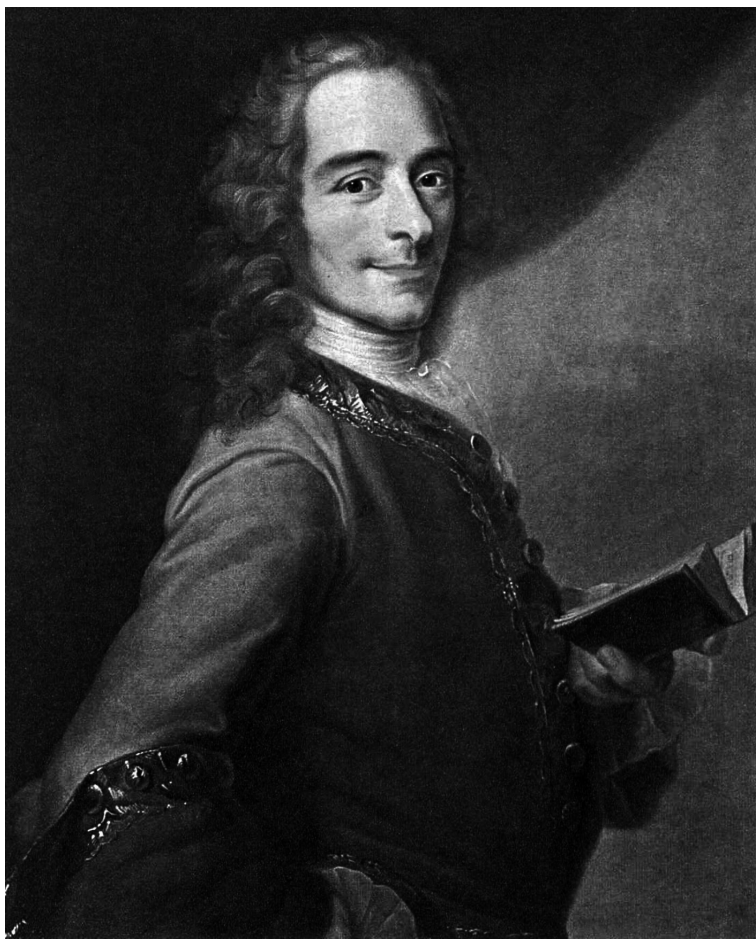
## Voltaire, o la invención del intelectual mediático

Voltaire encarna la figura del intelectual comprometido, un papel que representará a la perfección, hasta el punto de confundirse a la persona con el personaje, poniendo en juego todo su prestigio como hombre de letras dotado de un notable reconocimiento por sus obras, para denunciar las injusticias y los abusos de poder. Esto por desgracia ya no está muy de moda o, al menos en Europa no lo está tanto como lo estuvo desde la época del propio Voltaire hasta mediados del siglo pasado, cuando los intelectuales acostumbraban a tomar partido y sus obras o su activismo pretendían transformar la realidad político-social, como sería el caso, por ceñirnos a Francia, de Jean-Paul Sartre o Albert Camus. Hoy en día el acceso del intelectual a los medios de información de masas comporta el precio de la manipulación y distorsión de la propia voz, absorbida por códigos difícilmente compatibles con el pensamiento.

En un texto titulado *La invención del intelectual*, Fernando Savater señala con mucho acierto que la gran hazaña de Voltaire será la de inventar lo que hoy llamaríamos «intelectual mediático». A pesar de no existir por entonces el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación que ahora conocemos, Voltaire sería lo más parecido a un intelectual «mediático» por su maestría en saber llegar a esa «opinión pública» que por entonces se estaba formando gracias a las gacetas, los libros y la correspondencia.

Lo cierto es que Voltaire manejó los medios de comunicación de su época como nadie más lo supo hacer. El erudito académico tiende a comunicarse únicamente con los círculos de su gremio y más bien le molesta verse obligado a divulgar sus conocimientos, de la misma manera que los creyentes se sienten en comunicación directa con su divinidad o sus correligionarios, pero el intelectual necesita llamar la atención del público sobre lo que quiere decir, tiene que ser capaz de seducir a los demás, porque afortunadamente no se trata de un público cautivo sino voluntario. La lectura de Voltaire nos transmite la sensación de hallarnos ante un gran comunicador dotado de una enorme capacidad para ganarse al público. Es obvio que carece de la elocuencia musical de Rousseau, pero a cambio sabe captar la benevolencia del lector con una envidiable habilidad y soltura. La célebre anécdota de Newton descubriendo la ley de gravedad al caerle encima una manzana del árbol bajo cuya sombra reposa se le ocurrió a... Sí, lo han adivinado. La ocurrencia fue de Voltaire, quien presuntamente habría escu-





Retrato de François-Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire, realizado por Quentin de La Tour.

chado contar ese relato a una hermana de Newton, aunque quizá también se inventara incluso esto mismo, con el fin de adornar con una sabrosa anécdota una biografía intelectual excesivamente sobria.

Curiosamente, si Voltaire hubiera muerto a los sesenta años, casi no se le recordaría en absoluto, pese a que algunas de sus obras hicieron que se le tildara en su momento como un nuevo Homero o un nuevo Virgilio, dado el aprecio que alcanzó su poema épico titulado la *Henriade* sobre Enrique IV, aquel rey de Navarra que se convertiría al catolicismo para acceder al trono de Francia porque «París bien vale una misa», otra ocurrencia tan inolvidable como lo de la manzana newtoniana. En realidad, igual que se habla del primer y el segundo Wittgenstein para diferenciar dos etapas muy diferentes de su trayectoria, representadas respectivamente por el *Tractatus* y las *Investigaciones filosóficas*, también cabría hablar de cuando menos dos Voltaire muy diferentes: el exitoso dramaturgo y el autor de cosas tales como *Tratado sobre la tolerancia*, siendo así que hoy en día el segundo nos interesa mucho más que el primero.

Durante las dos últimas décadas de su vida, Voltaire se consagró a expandir por Europa bajo distintos pseudónimos un rosario de escritos que fueron desaprobados, prohibidos e incluso quemados, liderando campañas a favor de las víctimas de los atropellos judiciales y sabiendo movilizar con su pluma una opinión pública que comenzaba a tenerse en cuenta. Voltaire participó en todos los combates de su tiempo contra el fanatismo, porque su naturaleza, temperamento y convicción hacían de él un insumiso

incapaz de callarse ante una injusticia, una crueldad o un abuso de poder.

Ese apabullante activismo le convierte en un ancestro de los intelectuales comprometidos pasados, presentes y futuros. Voltaire mismo, no ya sus obras, constituye un símbolo contra la intolerancia, un estandarte que puede blandirse contra todo tipo de supersticiones y prejuicios, tan bien ridiculizados hasta el paroxismo por su prodigiosa ironía. Su mejor legado es el de habernos enseñado a reírnos, a esbozar una sardónica sonrisa ante situaciones manifiestamente mejorables, a reivindicar ferozmente los agravios con la fuerza de una mirada satírica. Siempre nos quedará la catarsis del ingenio ante la estulticia de unos estereotipos alienantes. Toda la vida de Voltaire es un combate contra las infamias; de ahí su celebra divisa *Écrasez l'Infâme!* (*¡Aplastad al infame!*), que se ha convertido en un emblema para quienes optan por practicar la disidencia y no seguir al abanderado, por emplear la expresión consagrada por George Brassens en su canción *La mala reputación*.

Alguien dijo que al siglo XVIII se lo podría recordar como «el Siglo de Voltaire», siendo esto algo que no resultaría muy difícil de conceder. Voltaire no suele figurar en los planes de estudios filosóficos y la filosofía académica desprecia su pensamiento por falta de rigor. Eso dice muy poco a favor de la filosofía oficial, porque Voltaire forma parte de un escaso elenco de pensadores que modelaron la visión de los peligros y amenazas que acechan actualmente a nuestra sociedad. No hace falta haber leído a Platón, Epicuro, Rousseau, Marx o Freud para estar imbuido de sus ideas,

que forman parte de nuestro acervo cultural. Y eso mismo sucede con Voltaire. Su filosofía forma parte de nosotros mismos, aunque no seamos conscientes de ello, tal como sucede con el pensamiento de Diderot, otro nombre injustamente menospreciado por las estanterías de nuestras bibliotecas filosóficas. Nos encontramos ante un polígrafo que versificaba con una pasmosa facilidad, que escribió poemas épicos, dramas y comedias, cuentos e incluso un relato de ciencia ficción *avant-la-lettre* titulado *Micromegas*, mas no sesudos y oscuros tratados filosóficos. Ni falta que hacía. Se hubiese aburrido soberanamente.

Algo compartido por todos los pensadores ilustrados en general y los apodados *philosophes* o enciclopedistas muy en particular es que, como bien dice Cassirer, asocian siempre la teoría con la práctica, no separan nunca el pensar del actuar y creen poder traducir directamente uno en otro, confirmando mutuamente su validez. Fueron muy conscientes de que su cosmovisión podía remodelar el *statu quo*. El propósito de Diderot con la *Enciclopedia* era contribuir a cambiar el modo común de pensar, entendiendo por tal el entregarse acríticamente a los estereotipos y dejarse guiar por ellos. Un afán que suele caracterizar a los filósofos del siglo XVIII es fomentar el reflexionar por cuenta propia, ese «pensar por uno mismo» que Kant convertirá en lema de la Ilustración. Si algo une a todos los filósofos de la Ilustración es que se consideran a sí mismos defensores de los derechos humanos y pretenden mejorar la realidad mediante sus planteamientos e ideas, al margen de la idiosincrasia de cada cual. Desde luego, esto vale señaladamen-

te para Rousseau y Kant, así como también para Diderot y Voltaire.

Entre muchas otras cosas, Voltaire presenta un enorme interés por estar siempre a caballo entre dos mundos. Es un puente entre el Antiguo Régimen y la Revolución francesa, entre la burguesía emergente a la que pertenecía y la nobleza de rancio abolengo a la que frecuentó. Sin ser ateo como Diderot, su deísmo no le impidió combatir la superstición y los dogmas de un catolicismo trasnochado. Su proverbial pragmatismo le permitía absolverse de buscar respuestas para preguntas incomprensibles. Para disfrutar de su independencia, amasó una notable fortuna y desde esa posición privilegiada ofició como paladín de las víctimas de cualquier injusticia. Voltaire fue encarcelado en La Bastilla, la prisión que tomaron los revolucionarios franceses, y llegó a ser chambelán del rey de Prusia.

Voltaire se inventó a sí mismo y, como buen dramaturgo, fue escribiendo una y otra vez el guión de su propio personaje, pues no en vano su vida transcurrió entre bambalinas, sus casas disponían de un teatro y en más de una ocasión él mismo interpretaba uno u otro papel escrito por él. Incluso su nombre es inventado y no deja de ser un anagrama con cierto halo de misterio, ya que hay varias hipótesis al respecto. En fin, vayan a su rincón favorito y pónganse cómodos, porque la representación está a punto de comenzar.